

## EL PERSONAJE FAVORITO DEL VENTRÍLOCUO\*

Guillermo Samperio

**S**iento simpatía por el tratamiento de algunos personajes; sin embargo, resulta difícil hablar de ellos, especialmente porque me ha interesado más cómo los han abordado otros ventrílocuos.

En *Las Hortensias*, de Felisberto Hernández, encuentro la aparición de escenas que el personaje masculino elabora en vitrinas con maniquíes; y la situación deriva hacia la elección de una muñeca entre otras y la nombra igual a su mujer. Así crean un triángulo amoroso que ejemplifica la base de este tipo de conflictos enfermos al introducir en la cama al maniquí, en medio del matrimonio, con el consentimiento de la esposa. Tal acción, generada tal vez por un deseo inexpresado, inconfesado, de aceptar una tercera persona entre ellos, conduce a la mujer al desquiciamiento. Entra en un proceso de celotipia severa; lucha contra una muñeca, una imagen, un símbolo, un fantasma, algo que no existe y que ella ha aceptado como real.

La *Casa Hernández* hace realidad un problema imaginativo. *Las Hortensias*, como forma de ficción, sería lo imaginario de lo imaginario con rostro de verdad.

Pienso también en un texto pariente como *El Golem*, de Gustav Meyrink, donde, de otra manera, aparece un ser que existe en la tradición, en la memoria del pueblo alemán. La conjunción ancestral de psicologías, deseos, frustraciones, crea este ser que no es humano tampoco. Y el individuo está otra vez en busca de ese símbolo: el Golem; va a su encuentro porque también lo está creando.

“La mujer de Gogol” es un cuento donde Tomasso Landolfi —es al que se refiere el muñeco— narra la imaginaria vida íntima de Gogol. Éste vive con una muñeca que es su esposa, la trata como tal, asiste con ella a reuniones sociales y familiares. El relato deriva hacia una circunstancia turbia en la que de manera sutil se da a entender que Gogol finalmente mata a la muñeca. El motivo es escalofriante porque sucede que entre él y la muñeca han procreado algo que tal vez no pueda llamarse hijo, y que el mismo Gogol arroja al fuego. Cla-

\* Capítulo del libro *La señal oculta*, de próxima aparición.

ro, es un relato cruel, pero aborda, como los anteriores, el tema de la creación del hombre enfrentada y contrapuesta a la de Dios, a la creación divina. Volvemos a la situación, reflejada más claramente en este relato, en el sentido de que las creaciones simbólicas de los hombres se vuelven contra ellos: las muñecas de *Las Hortensias* enloquecen al hombre y sumergen en la desesperación y en un desequilibrio paranoico a la mujer. La visión del Golem es terrible para el individuo, lo mismo que la del hijo de la muñeca en Gogol. Estos relatos parecen indicar —en distintas épocas, con tratamientos diferentes— un interés central, permanente en la humanidad, porque desde Dédalos —creador de estructuras parlantes— hasta nuestras mitologías —como los hombres de barro, o de maíz—, hay coincidencias en los impulsos por ir más allá de lo recibido. Como que no le hemos perdonado a Dios la trampa del Paraíso. La serpiente recomendó el amor, no la desgracia, no que estuviéramos distantes del árbol de la vida perdurable.

*Frankenstein* es una novela deliciosa por lo mismo. Quizás tiene mayor frescura y candor que los otros textos: inevitablemente el lector tiende a simpatizar con el personaje y a dolerse por él. Se trata, desde luego, de una empatía con aspectos torcidos, oscuros, a veces un poco terribles del ser humano. Éste, de cualquier manera, tiene que consecuentar las elaboraciones que no pertenecen a su realidad y que él mismo ha confeccionado, sin lograr acercarse nunca a la perfección divina.

En fin, podría extender mi interés por una buena parte de los personajes de Felisberto Hernández, que aparecen siempre en circunstancias extrañas, fuera de lógica, de las leyes de la realidad y al mismo tiempo con apariencia de normalidad. Ése es el mayor acierto del autor, nos entreabre una puerta hacia sensaciones extraordinarias que están en una zona dormida de nosotros y las muestra como si verdaderamente pasaran. Tal vez su literatura sea una escenificación de este lado oculto.

Desde luego, me hubiera gustado crear a los muñecos de esta temática, tanto que vengo intentando, no con demasiado tino, lo que llamo ventriloquía inalámbrica. Empecé, con breves números, en el desaparecido Tívoli.

Aunque en mi adolescencia soñaba con paisajes tropicales, abiertos, siempre tuve un impulso incontrolable que me llevaba a las sombras, como si mis sentimientos fueran de la calidad del herrumbre que fue cubriendo al Centro de la Ciudad. A estos personajes no los puedo querer, pero mantengo con ellos una relación mórbida, perversa, porque en un noventa por ciento de los casos viven situaciones duras, enfermas, difíciles, turbias; no puedo verlos desde una moral específica para satanizarlos, sino representarlos y tomar de ellos lo que me sea útil para mi labor.

Por otra parte, existe una novela póstuma de Albert Camus, donde mi adolescencia encontró una plena identificación con el personaje. Éste experimenta cierto hastío por la vida agitada de las ciudades, que se llenan de códigos complejos y eufemismos, de transacciones no naturales o que forman otro tipo de naturaleza. Siente que se le ha escapado el tiempo aceleradamente, sin darse cuenta. Un día, se arriesga a tomar distancia de todo ello y aproximarse así a lo que le es más propio, de donde él ha surgido como ser humano y halla,

curiosamente, plena empatía con su decisión. Se va a vivir a una provincia de Argel; aquí establece una estrecha relación con el paisaje, el sol, las cosas sencillas, vivas. Se encuentra en compañía de tres amigas; hermosas mujeres, aun sus diferencias. Inmerso en ese ambiente cálido percibe la profundidad del hecho; se siente miembro de la naturaleza, no ajeno ni por encima de ella. Sin embargo, el personaje necesita elaborar una larga reflexión, un rodeo, para volver a la naturaleza: desentrañar, desarmar, reelaborar la proximidad con lo que le es propio al hombre. Proximidad enturbiada por lo "moderno", lo artificial. Nunca pude realizar ese sueño. Ahora, ya no importa tanto. Es un problema para otros; yo sueño de otra manera.

Es una novela que leo cada cierto tiempo; además, Camus me fascina. En cambio, para *Las Hortensias* y los otros textos, existe para mí una especial inclinación, morbosa, como algunos ventrílocuos la tienen por la ciencia ficción, la novela policiaca, negra o la gótica.

No me parece nada extraño que posea esta dualidad; por un lado hacia los personajes sumergidos en la distorsión, en la obscuridad, y por el otro, hacia aquellos que transitan en la claridad, en la luz, porque corresponde un poco a los dos principales impulsos que llevan de la vida a la muerte.

En esta circunstancia doble, no interesa tanto distinguir entre lo imaginario y lo real. Finalmente, lo primero es lo que se nos impone. Nosotros somos una interpretación imaginaria de nosotros mismos. Es lo que terminamos siendo. Ficticios, como explica el gerente de la *Casa Garmendia*.

Las maneras del Hombre de Overol Violeta son amorosamente acongojadas, se arrima a los rumores del cariño con el silencio de las aguas que escurren pacientes entre las piedras del deseo; sus delicadas acciones son movidas por razones faltas de sentido en el fondo de sus pies descalzos, los cuales apenas tocan el piso porque sus asuntos se despliegan siempre en lugares donde se elevan los ardores.

No podría afirmarse que su cuerpo es el del amor, aunque de él haya aprendido la lengua que en los tactos inventa las palabras que nunca deben ser pronunciadas en dos ocasiones, o las que se desvanecen en el ambiente tibio donde tiene suceso lo anhelado, palabras con un sentido precedido en la prontitud de los acercamientos, aquellas que profiere la piel cuando se encuentra en el silencio más activo. No, no es el cuerpo del amor, pero se le facilita acercarse a él y confundirse con él mientras las otras vidas se introducen en túneles donde el placer colmado mira hacia la quietud.

La tonalidad ligeramente violeta de su ropaje tiene un brillo ingenuo y modesto, resplandece con la paciencia de la seguridad otorgada por saber que en el nuevo día volverá a levantarse la gran bola naranja sobre las actividades de una ciudad que viene de la negrura fabulosa bajo la que descansan las pretensiones. Es violeta tenue porque necesita de la intimidad...